

Autorrelato e identidades profesionales Sobre autobiografías de científicos y médicos

Vicent Salvador
(Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, España)

Abstract In recent years the interest of scholars on issues of identity and narrative has increased in the field of literary as well as non-literary studies. One of the intersections of both issues is the autobiographical story where the authors look themselves in the mirror or rather cast a glance in the rearview mirror. In this article are studied autobiographies of scientists and physicians, in order to examine their professions as an essential tool for the construction of their identities, both as individuals and as member of a professional community. A special case is that of doctors, who have not only a commitment to the progress of knowledge, but also a commitment with specific patients and an involvement in social interaction practices, including face to face contact.

Sumario 1 La construcción narrativa de la identidad. – 2 Vidas de científicos. – 3 La identidad de los médicos. – 4 Fronteras de la ficción.

Keywords Autobiographical narrative. Scientists. Health professions. Construction of identity.

«Il ne racontera pas seulement ce qui lui est advenu en un autre temps, mais surtout comment, d'autre qu'il était, il est devenu lui-même».

(Jean Starobinski)

«Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.
Ese que no te viste y que yo veo,
Nadador por tu fondo, preciosísimo».

(Pedro Salinas)

1 La construcción narrativa de la identidad

Tanto el tema de la identidad como el del relato han tenido en los últimos años un cultivo considerable en la investigación humanística en general y, de una manera particular, en el ámbito interdisciplinar del análisis del discurso, que concita intereses lingüísticos, psicosociológicos y literarios. En definitiva, se trata de dos líneas estelares de la indagación discursiva que han suscitado un buen caudal de estudios, de los cuales no hay espacio

aquí para dar cumplida cuenta. Pero veamos sucintamente cómo se interrelacionan ambos contenidos epistemológicos, hasta qué punto es cierto que «nos constituimos en relatos y no solo en las operaciones mentales» (Hernández, Rifà 2011, p. 21).

Las identidades personales o colectivas pueden estudiarse como procesos de construcción discursiva de aquello que caracteriza respectivamente a una persona o a un grupo social: por un lado, un impulso que permanece a lo largo de su trayectoria biográfica o histórica, un fluir soterrado a través de los cambios temporales (su **mismidad**); y, por el otro, una configuración propia que el individuo o el grupo establecen como marca (su **ipseidad**), una diferencia específica respecto a distintos individuos o grupos con los que comparte otros rasgos que son precisamente los que posibilitan la comparación (Bauman 2010, p. 25).

Tal construcción de identidades se realiza en una dialéctica entre la mirada propia y la ajena, entre las voces internas que se expresan y las externas que devuelven imágenes y ecos transformados desde la otredad. Nadie es meramente una *vox clamans in deserto*, sino una construcción coral de ida y vuelta. Lo que llamamos «voz propia» toma prestados materiales de otras voces, se mide con ellas, responde a ellas, las imagina, las convoca desvergonzadamente (Tunaturi 2005, p. 45). Eso, que es válido para la configuración de la memoria familiar de un individuo (la reconstrucción de los recuerdos infantiles, repetidos y modulados por padres o hermanos), es válido también para la historia de los pueblos, elaborada por los vencedores, por los lisonjeros que rodean al poder o por los viajeros curiosos. Y también por los enemigos que escriben las leyendas negras.

Las voces corales que amalgaman identidades tienden a articularse como relato, ese potentísimo modo del discurso que es una herramienta de racionalizar la experiencia, alternativa al discurso expositivo de las ciencias o de la filosofía. Por medio del relato se edifican mundos referenciales y los sujetos pueden configurar sus visiones de la realidad y sus actitudes emocionales, que constituyen, a fin de cuentas, la batuta que pauta la ejecución de la sinfonía, sus *staccati* y sus *legati*, sus silencios y sus apoteosis (Singer, Salovey 1993). A causa de esa plasticidad, la herramienta narrativa ha sido reivindicada en nuestros días, desde perspectivas innovadoras, para el ejercicio de disciplinas tan diferentes como la historiografía, la psicología, la divulgación científica o la medicina – hasta hacer fraguar una etiqueta tan sugerente como la de ‘medicina narrativa’ hoy en boga.

Una intersección principal de ambos ejes temáticos – identidad y narrativa – es el relato autobiográfico, en el que un sujeto arma una narración sobre la constitución de su propio **ser** y su **estar** en el mundo social; es decir, confiere un sentido a su vida mediante la construcción de una identidad con la que se autodefine a los ojos de sus receptores. Hay que decir que la autobiografía como género tiene una larga trayectoria histórica, al menos desde el siglo XVIII, y con antecedentes remotos en la cultura

occidental, entre la ficción literaria y la confesión personal auténtica. Por esta razón el discurso autobiográfico, aun si renuncia a etiquetarse como literatura, suele echar mano de un rico repertorio de recursos retóricos que proceden de esa larga y heterogénea tradición cultural. Podemos decir que los géneros autobiográficos – como, por otra parte, también la epístola, las polémicas y otros géneros – son **transdiscursivos** puesto que atraviesan distintos tipos de discursos y ocupan espacios intermedios entre la ficción y la no ficción, entre la literatura y el mundo verbal exterior a esta (para algún autor como Paul De Man [2007] incluso exceden la categoría genérica).

Ahora bien, es importante dejar sentado que las identidades individuales tienen una ineludible dimensión social, habida cuenta de que una personalidad se configura por medio de sus relaciones con otras personas y grupos, y además participa en distintas identidades colectivas (generacionales, nacionales, ideológicas, de género...). En esta misma línea de razonamiento podemos afirmar que la adscripción a un determinado colectivo profesional, a diferencia de lo que ocurre con los simples oficios o las ocupaciones ocasionales, constituye una especie de vocación vital y suele dejar su impronta en la identidad personal. No en balde el mismo origen del término profesión – de ‘profesar’ – suscita connotaciones de tipo religioso. Indiscutiblemente la dedicación de por vida a la investigación científica o a la medicina comporta una opciones de compromiso y por ello es previsible que la correspondiente adscripción profesional constituya un componente esencial de las identidades de los miembros de esas comunidades y, por ende, de sus autobiografías.

2 Vidas de científicos

Un hecho que puede resultar sorprendente es la amplia proporción de autobiografías escritas por científicos. Contra lo que sería esperable si nos tomáramos en serio la correspondencia entre praxis científica y discurso neutro-objetivo, tal como consagra esta vinculación el ideal neopositivista, numerosas personas dedicadas a la ciencia han escrito en su madurez textos retrospectivos a través de los cuales intentaban (re)construir su itinerario vital, hacer balance de errores y aciertos, dejar constancia de sus aportaciones al progreso del conocimiento, inventariar las circunstancias adversas y las propicias que encontraron en el camino, tal como el héroe del *folktale* inscribe en su peripecia las acciones de ayudantes y oponentes, en su intento de restauración del orden perdido o de hallazgo del Grial soñado. Estos escritos suelen ser documento testimonial y en el fondo **testamentario**, un cuaderno de bitácora para futuros navegantes. Tal función, que se injerta en lo didáctico o en lo pedagógico, no puede hacernos olvidar la otra, quizá más esencial todavía: la exhibición orgullosa de una

fidelidad a sí mismo. Digamos que se trata de la construcción, a la vista del lector, de una identidad progresiva dotada de direccionalidad y meta. El Grial anhelado no es tanto un descubrimiento científico determinado como la ilusión de dar sentido a una vida de investigación y la demanda de reconocimiento social por esa fidelidad a sí mismo.

David Hume, en el siglo XVIII, estableció un hito fundacional con su opúsculo *My own life*, donde se propone, desde el umbral de la muerte, revisar y legitimar su existencia como intelectual preocupado por su independencia de juicio y por la influencia social de su obra. Se trata de un precedente canónico de autobiografía de científico y constituye un auténtico paradigma para otros autores (Oliver Sacks, por ejemplo, lo invoca en el artículo periodístico de febrero de 2015, donde anunciaba que padecía una enfermedad terminal). Operaciones semejantes realizaron más tarde Darwin, Ramón y Cajal, Russell, Einstein, Luria, Planck, Levi-Montalcini, Ricoeur y muchos otros, con escritos que constituyen auténticas historias de vida y, al mismo tiempo, materiales altamente operativos en la historia del conocimiento científico. Materiales radiactivos, me atrevería a decir. La actual filosofía de la ciencia, cuando no renuncia a situar históricamente el proceso en aras de una aséptica idealización del conocimiento y de sus medios de obtención, sabe que la ciencia la elaboran hombres y mujeres agrupados en comunidades que tienen su propia dinámica sociológica, con tensiones, ilusiones, emociones e intereses no siempre confesables. Thomas S. Kuhn supo poner negro sobre blanco, hace más de medio siglo, algunas de esas facetas del movimiento histórico de la ciencia analizadas desde un punto de vista **materialista**. Por eso el estudio del discurso científico actualmente no se limita a su núcleo duro más visible en el escaparate social: el discurso científico prototípico entendido como conjunto de aportaciones vertidas en lenguaje de bruñido metal (artículos de revistas especializadas, comunicaciones a congresos, manuales universitarios) que garantizan, junto con los logros de la tecnología derivada, la aquiescencia y veneración incondicional de los fieles.

Muy al contrario, hoy somos conscientes de que la ciencia – ese capítulo de la noosfera que se denomina así – se fabrica a impulsos, con virajes bruscos y retrocesos desorientadores, con inevitables supersticiones y una retórica propia que suele disfrazarse con ropajes de objetividad. Es en ese ámbito, fieramente humano, donde se inscriben muchos otros discursos, aparentemente espurios pero vivos y, a su manera, eficaces. Me refiero a géneros satélites como por ejemplo las (auto)biografías de las que ahora tratamos, pero igualmente la ciencia ficción, la correspondencia epistolar de los investigadores, sus cuadernos de trabajo, sus polémicas o su publicidad mediática. Si no nos resignamos a aislar el fenómeno científico extrayéndolo del flujo social y sudoroso donde se produce (y donde ha de legitimarse y someterse a controles democráticos, por otro lado), toda esta gama de discursos ha de tenerse en cuenta. Por poner un ejemplo próximo,

el reciente descubrimiento del bosón de Higgs ha tenido una resonancia en los mass-media – totalmente imprevisible, habida cuenta de lo abstruso de su formulación, propia de la física teórica – en función de una retórica y de una lógica mediática muy particulares. La ciencia **se vende** social y políticamente, sí. No hay que escandalizarse: sus practicantes y el instrumental que precisan, ay, han de comer... Y en este tráfico impuro es donde deben inscribirse las autobiografías, que actúan a menudo como apologías del autor, como cartas a un joven científico o como testamento. Einstein (1995, p. 41) inicia así precisamente sus *Notas autobiográficas*: «Heme aquí, a mis sesenta y siete años, dispuesto a escribir algo así como mi propia necrología», una referencia que se reiterará a lo largo de su texto.

En su versión más radical, la postura que defiende la estrecha relación existente entre vida y obra de un científico lleva a Thomas Söderqvist (2003) a titular así su biografía del inmunólogo Niels Jerne: *Science as autobiography*. En efecto, para el autor, que elabora su historia a partir de numerosas entrevistas con el Nobel danés así como de los testimonios de distintas amistades de este, los problemas vitales y el espíritu romántico de Jerne son el auténtico motor de su tarea investigadora. Según el biógrafo, su aspiración era la del artista que busca la totalidad de la comprensión del mundo, más que la del investigador en biomedicina que pretende alcanzar conocimientos parciales de la vida.

En todo caso parece que, detrás de la ardua tarea de escribir la historia de la propia vida con un propósito de autodefinición, hay unas fuertes motivaciones emocionales. El sujeto ante el espejo siente el vértigo de interrogarse sobre quién es **realmente** él mismo. Ha de ajustar el retrovisor para iniciar un paseo por sus recuerdos; siente la responsabilidad y la angustia de tener que escribir su vida con una retórica de la sinceridad y de la oportunidad, adecuada a los cánones al uso, rehuyendo la sensación de vanagloria e igualmente la de la frustración trágica. En ambos casos extremos, el narcisismo ocupa el proscenio de manera demasiado ostensible, y a la retórica y a sus habilidades de maniobra se les encarga la operación de hacerlo soportable. Comenzando por la más elemental *captatio benevolentiae*: adjudicar la iniciativa del proceso a alguien que hizo el encargo – o el ruego – al autor. Cuando ya siente los pasos de la muerte, Hume (1777) inicia así su texto: «It is difficult for a man to speak long of himself without vanity». Y lo remata con otra alusión a la vanidad: «I cannot say there is no vanity in making this funeral oration of myself».

El *incipit* de estos escritos – lugar de alta temperatura semiótica, como se sabe – remite a veces a la definición de un ideal de conocimiento que corresponde a un auténtico programa vital. Planck, por ejemplo, se lanza en las primeras líneas a la proclamación de su manifiesto personal:

Lo que me condujo a mi ciencia, lo que desde joven me hizo entusiasmar-me por ella, fue el hecho – nada evidente – de que las leyes de nuestro

pensamiento concuerdan con las regularidades que presenta el flujo de las impresiones que recibimos del mundo exterior; [...] y la búsqueda de las leyes que rigen ese Absoluto me parecía la más bella tarea de una vida dedicada a la ciencia. (Planck 2000, p. 21)

En otras ocasiones se trata de invocar algún tipo de origen (con frecuencia el nacimiento, los progenitores o la infancia). De hecho, para algunos autores la autobiografía genuina se diferenciaría de las memorias en que parte de los orígenes, mientras que las memorias iniciarían su temática en el momento en que el yo del sujeto ya está investido de un rol social relevante (Rodríguez 2000, p. 11). Ciertamente la genealogía, tanto la biológica como la educacional, aunque no tenga relación inmediata con las metas del autobiografiado, puede contener la referencia a un impulso o a una ejemplaridad, bien de tipo ético, bien afectivo. El escritor suele referirse a su nacimiento y «cuyo hijo fue», como se dice en el *Lazarillo*, pero ahora con signo positivo. Sobre todo encontramos en los párrafos iniciales de algunos textos la reminiscencia de hechos menudos que actuaron a modo de epifanía, generando la curiosidad del futuro científico. El funcionamiento de la brújula que el padre mostró a Einstein a sus cuatro o cinco años fue el inicio de sus despertares intelectuales. En los textos de Ramón y Cajal es la caída de un rayo mortífero lo que espoleó la curiosidad del pequeño Santiago, y en otra ocasión un eclipse de sol que se produjo cuando contaba ocho años de edad: «Caí en la cuenta, al fin, de que el hombre, desvalido y desarmado enfrente del incontrastable poder de las fuerzas cósmicas, tiene en la ciencia redentor heroico y poderoso y universal instrumento de previsión y de dominio» (p. 32).

En lo que respecta a la autobiografía de Darwin, esta fue editada póstumamente por su viuda y su hijo Francis, con manipulaciones censoras que una edición crítica posterior tuvo que enmendar debidamente, restituyendo algunas divagaciones biográficas más anecdóticas así como opiniones acerca de la religión. Martí Domínguez, en su Introducción afirma: «El texto original es más vivo, mordaz, interesante y está repleto de anécdotas y de una constante ironía, muy británica, que la versión 'revisada'». (Darwin 2008, p. 17)

Por lo que se refiere a las estrategias de *captatio*, el párrafo preliminar – que no presenta variación entre ambas ediciones – indica que la obra es un encargo de un editor alemán y declara lo siguiente: «He intentado escribir el siguiente relato sobre mi propia persona como si yo fuera un difunto que, situado en otro mundo, contempla su existencia retrospectivamente, lo cual tampoco me ha resultado difícil, pues mi vida ha llegado casi a su final» (p. 27). Por debajo de la fina ironía del autor en cuanto a la cruda alusión a su próxima muerte (es algo que las autobiografías nunca llegan a relatar, como resulta obvio), intuimos una cierta ficción de distanciamiento necrológico que facilita la ilusión de objetividad. Darwin

intenta así desdoblar vida y escritura, un objetivo quimérico que late en el abismo paradójico de toda autobiografía. A fin de cuentas, hay que reconocer con Loureiro (2000, p. 139) que «el sueño de encontrar o liberar un yo auténtico no es más que un efecto discursivo». Y el distanciamiento del escritor es una de las técnicas que persiguen tal efecto.

El autor combina a lo largo de su texto la descripción de sus actividades y preocupaciones, de sus éxitos y sus errores como científico, con una mesurada autoapología donde refiere su honestidad y su escasa tendencia a la vanidad, su consagración al conocimiento científico. No se priva sin embargo – como vemos en uno de los fragmentos pacatamente censurados – de criticar a Buckland, un geólogo que le pareció «hombre vulgar y casi toscos», y sobre el que lanza un dicitario que retóricamente crea la contrafigura de sí mismo: «Le impulsaba más el ansia de notoriedad, que a veces le llevaba a actuar como un bufón, que el amor por la ciencia» (Darwin 2008, p. 89). El último capítulo corresponde a una «Valoración de mis capacidades mentales» donde la descripción de las mismas se presenta con la inevitable modestia y donde se insiste en el amor a la ciencia, la observación y el sentido común como sus méritos más importantes, en una especie de breve vademécum para futuros científicos (p. 123).

El caso de la autobiografía de Rita Levi es muy diferente al de Darwin. La autora no ahorra esfuerzos ni espacio para dejar correr la pluma tratando muy diversos aspectos de su vida personal y familiar (además, claro está, del relato de su formación académica y de sus descubrimientos en el área epistemológica de la neurobiología). No podía faltar en ese campo la referencia al padre, a cuya muerte dedica un capítulo con pormenores como el que atañe a las dificultades del progenitor para establecer una fábrica de hielo en Bari, contra los prejuicios – tan poco racionales – de sus habitantes y contra los intereses de la competencia:

Los vendedores de nieve, sublevados por la posibilidad de perder a sus clientes, hicieron correr la voz de que aquel joven ingeniero judío del norte no era sino un emisario del diablo, cuyo hielo perforaría las vísceras de los cristianos: aquellos enormes lingotes que salían de su fábrica no sólo parecían de cristal, sino que eran de cristal. (Levi-Montalcini 2010, p. 69)

Como es obvio, la inclusión de esta anécdota encaja perfectamente en la visión científica del mundo que la escritora sustenta, pero este tipo de derivas narrativas contrastan con la mayoría de las opciones adoptadas por los científicos en sus autorrelatos de vida, que suelen ser más adustos y lineales. Además de su condición femenina, que no podemos descartar como factor diferencial, se observa en ella una profunda vocación literaria. En efecto, su estilo es cuidadísimo y a menudo novelesco, como lo es su deleite por demorarse en las descripciones de persona y lugares.

Por otro lado, su autobiografía no se titula con este rótulo genérico, sino que prefiere una denominación más bien ensayística como «Elogio de la imperfección». Estos indicios dan a entender que nos encontramos aquí ante una concepción atípica del género, muy personal.

Por supuesto, su actividad propiamente investigadora (y ocasionalmente la de médico, como veremos) ocupa un espacio relevante en las páginas del libro y además este aspecto se ve reforzado con un apéndice o *post scriptum* («Diez años después») donde incide especialmente en los avances respecto al tema del crecimiento nervioso. En este sentido, Luigi Cavalli-Sforza en su Prefacio aprecia que el último capítulo complete la información científica dada en el libro, que «se limita más bien a contar hechos y sentimientos, a la manera de una novela, si bien aquí se trata de la vida real» (p. 16).

En efecto, el libro no es una novela porque le falta el rasgo constitutivo de la ficcionalidad, pero se trata de un largo relato bien trabado y muy cuidado estilísticamente, que utiliza con efectividad técnicas novelísticas. De hecho, podríamos aceptar el rótulo genérico que la edición española añade, «memorias», que para Enric Bou es el tipo de literatura del yo más próxima a la novela, ya que, según este crítico, en las memorias «la vida de l'autor s'insereix en els esdeveniments històrics del seu temps» (Bou 1993, p. 46). Sin embargo - y dicho a sabiendas de la inconsistencia de las fronteras entre los distintos géneros de literatura del yo - personalmente me inclinaría más por el rótulo de autobiografía estricta que por el de memorias (según la distinción de Rodríguez, precisada más arriba). Ciertamente, el libro narra la historia de la autora sin callar la relación de su itinerario vital con diversos acontecimientos históricos, desde la entrada de Italia en la segunda guerra mundial hasta la persecución de los judíos, la lucha por la emancipación de la mujer y muchos otros acontecimientos; pero, eso sí, el eje dominante es siempre la biografía personal y su concepción del espíritu científico como avance denodado hacia el conocimiento en una trayectoria de continua provisionalidad, tema central que es aludido en el título del volumen. Quizá la clave esté en el hecho de que la neurobióloga es a la vez una gran escritora, sensible a los matices estilísticos, que sabe capturar la atención del lector sin abandonarse a la descripción de lo anecdótico irrelevante.

Hay que decir, en este punto, que en general las autobiografías de científicos aquí consideradas no dejan de remitir al contexto histórico. Y no solo a la diacronía de la ciencia en su despliegue de conocimientos, cosa elemental, sino a las circunstancias de la historia total en la que la trayectoria individual de los autores se sumerge. Así, por ejemplo, Luria (1979) no solo revisa su biografía intelectual a la luz de la evolución de disciplinas como la medicina o la lingüística, sino que vincula estrechamente el ímpetu innovador de sus primeras investigaciones (junto con las de Leontiev y el maestro de ambos, Vigotsky) a la fuerza energizante del contexto de

la revolución soviética, o bien hace una crítica de algunas desviaciones recientes de la práctica de la medicina debidas al abuso de las tecnologías.

Por su parte Russell (1968-1971), como era de esperar, establece una relación constante entre las actividades científicas y la dimensión ética del mundo contemporáneo, en cuestiones como el pacifismo, los principios democráticos de igualdad o los usos de la energía atómica. De hecho, el lema articulador de toda la narración – que inserta numerosas cartas **de** y **a** personajes contemporáneos suyos – es la dialéctica ente conocimiento y ética, como declara al final de su obra: «Quería, de una parte, averiguar si era posible el conocimiento de algo; y, de la otra, hacer cuanto fuera posible para crear un mundo mejor» (III, p. 352). Ya en las primeras páginas del libro, al recordar a sus padres, señalaba el sentido del compromiso sociopolítico que estos pusieron de manifiesto en sus vidas (I, p. 14).

En realidad, la autobiografía de Russell sí que tiene mucho de **memorias** en el sentido que hemos indicado más arriba, particularmente por lo que respecta a la variedad de personajes que aparecen y a la polifonía de voces que se integran en sus páginas. La estrategia de introducir piezas de su correspondencia epistolar cumple en buena medida esa misión de dejar espacio a otros testimonios; lo cual, dicho sea de paso, le permite a veces esquivar el riesgo de incurrir en el autoelogio, como cuando, por ejemplo, reporta el testimonio epistolar del historiador Arnold Toynbee en 1967, con ocasión del nonagésimo quinto aniversario del filósofo, donde aquel subraya su «grandeza de espíritu» ya que «se preocupa demasiado de sus prójimos para contentarse solo con su carrera intelectual, por espléndida que sea» (III, p. 281). En efecto, Russell – Lord Russell – fue generalmente admirado, especialmente en esos años del compromiso de los intelectuales, a los que se quería *engagés*. Una insigne figura de la cultura catalana, Joan Fuster, que vivió intensamente ese debate sobre el compromiso – o la traición, en otros casos – de los intelectuales, dejó muestras de su fascinación por el pensador, al que motejó como auténtico **desinfectante** respecto a las metafísicas y las falacias del poder: «Creieu-me, que és una recomanació feta de tot cor. Llegiu Bertrand Russell. No és un filòsof, és un desinfectant» (Fuster 1992, p. 71).

Una 'autobiografía intelectual' muy singular es también la del filósofo Paul Ricoeur, incluida en el volumen *Reflexion faite* (Ricoeur 1995). El autor califica su texto como un «essai d'autocompréhension» y le otorga el carácter literario que para él es propio del género: «Une autobiographie est, en outre, au sens précis, une oeuvre littéraire» (Ricoeur 1995, p. 11). Conviene indicar, por cierto, que la reflexión sobre las diferencias y semejanzas entre historia y literatura, entre el relato que simplemente **configura** los hechos acaecidos y la ficción imaginativa que **refigura** la realidad, es uno de los temas clave de su investigación, tal como se recuerda precisamente en ese texto.

Sin embargo, el autor insiste *da capo* en que su autobiografía viene fo-

calizada por el adjetivo que la califica en el título: «intelectual» y advierte que su objeto es tan solo su trayectoria como pensador, que efectivamente es sintetizada y analizada a lo largo de sus páginas a la vez que explica los procesos de la evolución de sus reflexiones – cuenta, por ejemplo, que tardó todo un año en redactar las conclusiones de su soberbio *Temps et récit*.

En realidad son escasas las ocasiones en las que Ricoeur refiere anécdotas personales, que en otras autobiografías son frecuentes, pero sí que las hay, y especialmente en el momento en que se refiere al suicidio de su cuarto hijo, cuando confiesa que la línea separadora entre vida intelectual y vida privada es tan solo una delimitación teórica, y justifica así su decisión de no obviar tan doloroso asunto: «Comment aurais-je pu ne pas parler de ce drame, même dans une autobiographie intellectuelle? [...] je ne puis pas ne pas évoquer le malheur qui a franchi une ligne de séparation que je ne puis plus tracer que sur le papier» (p. 79). Es así como un texto que planeaba constreñirse a las cuestiones del intelecto deja aflorar momentáneamente la punzada de la emoción, a partir de un acontecimiento vital que sin duda tuvo que incidir sobre la praxis del pensador. Y lo ilustra – o más exactamente, lo **refigura** – con una preciosa imagen metafórica: «ce Vendredi Saint de la vie et de la pensée» (p. 79).

3 La identidad de los médicos

Como el lector habrá sin duda observado, algunos de los autobiógrafos presentados en las páginas precedentes son médicos, o al menos habían cursado estudios de medicina en alguna de sus ramas: Ramón y Cajal fue médico e hijo de médico, Luria se vio abocado a tener que estudiar medicina para proseguir sus indagaciones con la suficiente base científica y Rita Levi centró su investigación en una parcela de la biomedicina y alcanzó el Nobel en esa área. Sin embargo, en todos esos casos sus conocimientos científicos y su preparación técnica no se correspondieron con una práctica profesional de la medicina, o muy ocasionalmente. Cajal, como él mismo relata, la ejerció ocasionalmente, en circunstancias determinadas como la guerra de Cuba. Rita Levi solo lo hizo durante el período de la liberación de Italia, en 1944-1945, y aún ahí «más en calidad de enfermera que de médico, pues apenas había servicio de asistencia» (pp. 142-143).

Pero detengámonos un poco en los escritos autobiográficos de Cajal, concretamente en *El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico*, que puede parecer más bien un ensayo, pero que encierra interesantes referencias al yo del autor y donde el investigador llega a mostrarse más médico que nunca: médico de sí mismo, ya que las patografías que presenta son las que sufre como paciente. La «intención docente y utilitaria» que inspira este tratado *de senectute* publicado póstumamente se ejemplifica en sus propias dolencias y mermas de salud

propias de la ancianidad (decadencias sensoriales, limitaciones orgánicas, debilitamiento de la memoria...), sobre las cuales reflexiona como científico y también como médico. En la introducción, datada 1934 (el mismo año de su fallecimiento, cuando contaba 82 años de edad), justifica las referencias a su persona: «La índole de este libro me ha obligado a hablar hartas veces de mí mismo, poniéndome como ejemplo de las desventuras y tribulaciones de un anciano trabajador» (Ramón y Cajal 1983, p. 15).

Sin duda el autor mismo se postula retóricamente a manera de *exemplum*, concreción individual de un fenómeno humano general, pero más allá del servicio didáctico que el recurso procura, intuimos un deseo de inscribirse en el libro como protagonista de la patografía. El propio subtítulo del libro pone de manifiesto esa inscripción del yo, que va más allá de la expresión del ensayista sobre sí mismo, sometido por principio a las restricciones temáticas de la «agenda pública» a cuyo ámbito se ha de ceñir. En cuanto médico de sí mismo – en los capítulos en que desarrolla esa faceta, que no son todos –, Cajal dibuja explícitamente su identidad de médico y de anciano. Podríamos valorar en este sentido expresiones como la siguiente, donde el «nosotros» usado para designar al médico o al tratadista, cede el paso más delante al yo escueto del autobiógrafo, con una variación estilística significativa: «Las precedentes máximas confortadoras de la vejez (con otras muchas similares que callamos en obsequio a la brevedad), si conviene a los ancianos, apremian a los decrepitos, en cuya retaguardia camino des de hace algunos años» (p. 178) (como es obvio, el subrayado es mío).

El ejemplo de esta obra de Cajal induce a plantear el contraste que pudiera establecerse entre la posición enunciativa del autobiógrafo como investigador científico y la que adopta el profesional de la salud en géneros semejantes. Como hemos visto, existen intersecciones entre ambos roles, pero sería interesante observar las diferencias más significativas e intentar caracterizar tipológicamente ambas situaciones discursivas. Este es precisamente el objetivo que me propongo ahora: indicar los factores contrastivos existentes entre las identidades grupales de científicos y de médicos (o si se prefiere, entre investigadores y profesionales de la salud) y de qué manera esas diferencias se manifiestan – y se construyen – mediante discursos del yo donde la identidad profesional cobra especial relieve.

En última instancia, el autobiografismo más sugestivo consiste en la práctica de *self-definig memories* (Singer, Salovey 1993, cap. 2), como escritura de construcción de la identidad del sujeto a través del discurso. Pero la identidad individual se localiza necesariamente en un mapa social, es decir, un conjunto de referencias fijas respecto a las cuales aquella se sitúa: instituciones, colectividades, modelos discursivos... Dicho de otra manera, la identidad de un sujeto no podría expresarse – no podría constituirse, en realidad – al margen del universo simbólico de una sociedad, de una topografía de significaciones que se articulan alrededor de convencio-

nes de comportamiento, cursos de vida preestablecidos como paradigmas, afinidades grupales, figuras de personajes estereotipados o maneras de decir que están disponibles en el archivo intertextual. La trayectoria vital de un individuo se configura precisamente a partir de las opciones tomadas en el camino, entendido este como un itinerario propio a través de las calles, las plazas, las encrucijadas, las afueras o las salidas al descampado que el plano de la urbe-sociedad ha preestablecido. La autobiografía es una manera de diseñar textualmente ese itinerario, en el marco de posibilidades del universo sociosimbólico: «Por eso, el universo simbólico resulta esencial para la definición de la identidad. De hecho, la identidad y la biografía individual sólo adquieren sentido en el universo simbólico» (Gleizer 1997, p. 31). Pues bien, en este amplio marco, las opciones profesionales son una referencia de primer orden para la configuración de un proyecto que se convierta en fuente de identidad: «La biografía constituye así un proyecto elaborado que incluye a la identidad: no sólo se planifica lo que se va a *hacer* sino lo que se va a *ser* (por ejemplo, llegar a ser médico)» (p. 37). Y conste que la ejemplificación que la autora del fragmento citado ofrece entre paréntesis no es casual, sino un claro indicio de que la medicina es seguramente la profesión por antonomasia.

Podríamos decir que la profesión médica es una modalidad de las profesiones científicas, con lo que todas ellas exigen de preparación intelectual previa, condiciones académicas de acceso y también un cierto carácter vocacional; pero la medicina se sitúa de manera más plena en lo que es el núcleo duro del profesionalismo. Ello se puede explicar por distintas razones. En primer lugar por el hecho de que la medicina se ejerce, no desde un laboratorio, sino en una actividad cotidiana que se comparte, no solo con los colegas (en la interacción de un equipo hospitalario o en cooperación no inmediata, si se trata de asistencia de otro tipo), sino también - y esa es su dimensión más relevante y específica - con los pacientes. El contacto continuado con estos es, en efecto, una de las características de las profesiones sanitarias, como ocurre en todo el conjunto de las denominadas *helping professions*. La mayoría de las otras profesiones científicas, en cambio, permiten un cierto aislamiento operacional, a pesar de la necesidad obvia de mantener relaciones de cooperación con colaboradores integrados en equipo o con colegas, en un intercambio **horizontal**, dentro de su comunidad de práctica, pero sin una interacción vertical de proximidad con los usuarios finales de sus servicios. En otras palabras: la **comunidad de práctica** de los médicos incluye, en un cierto sentido, a sus pacientes.

Existe además otra característica - conectada sin duda con la ya indicada - que explica la especificidad de las profesiones sanitarias: la enorme dificultad de proyectar sistemáticamente las leyes científicas generales a los casos particulares. Las ciencias médicas son ciencias abocadas indefectiblemente a su aplicación, y esa aplicación se ejerce sobre organismos vivos particulares y además investidos de una condición y una dignidad

humanas. Ello implica que, sobre las variables que se dan en objetos de estudio propios de la física o de la química, haya que considerar también el gran número de variables con las que opera la biología y más aún la psicosociología. Se entiende así el enorme aumento de complejidad que corresponde a las ciencias de la salud, por lo que difícilmente pueden aspirar al carácter **nomotético** del conocimiento que es propio de las ciencias prototípicas. Ítem más: el trato con seres humanos impone una serie de constricciones éticas ineludibles, que el médico no puede de ninguna manera ignorar. Todos esos factores determinan que los diferentes 'casos clínicos', aun cuando se presenten en las revistas especializadas como una modalidad de los 'estudios de caso' habituales en el discurso científico, con la finalidad de transmitir experiencias dentro de una comunidad profesional especializada, a duras penas puedan pretender generar un conocimiento generalizable. En ese ámbito es donde se explica que en la praxis médica se imponga la importancia de un concepto clásico, el de *frónesis* o prudencia en las decisiones, como orientación de los profesionales (Camps 2007).

Del examen de esta serie de particularidades de las profesiones sanitarias se desprende, como consecuencia para nuestro análisis, que la autobiografía de un médico consistirá, parcialmente, en fragmentos de las biografías de sus pacientes, en la medida que el médico las ha explorado (historia clínica, tratamiento...) para la construcción interactiva de unas patografías determinadas. Si el científico prototípico descubre secretos de la naturaleza y reflexiona sobre los procesos que conducen a tales descubrimientos, el médico no descubre tanto enfermedades como casos concretos de enfermos, su sufrimiento y la posible curación o paliación, las crisis que los han llevado a la consulta, el tratamiento y el desenlace de sus dolencias, y además de eso su personalidad propia y sus historias de vida. Esa interacción reiterada con los pacientes es una fuente primordial de experiencia vital y un motivo de reflexión propiamente autobiográfica. En otras palabras: tales encuentros y el trato humano en el ejercicio de la profesión son, en buena medida, su propia vida. Como ilustraré ahora con algunos ejemplos, esas historias nutren de manera esencial las autobiografías de los médicos y se convierten en sustancia de estas: materia narrativa y alimento de una filosofía de la vida. Pero antes de proceder a esos comentarios de obras concretas, conviene explicitar otra reflexión. Y es la siguiente: precisamente esas operaciones de reelaboración experiencial y asimilación interna son la explicación de que a menudo tales autobiografías aprovechen al máximo las herramientas expresivas de la retórica literaria o incluso deriven hacia el cuento o la novela, ya que se trata de una materia argumental más **novelable**.

El caso del neurólogo y escritor Oliver Sacks es muy revelador en este sentido, por su cultivo de un género híbrido entre caso clínico y narración literaria. Por otro lado, el autor plasmó en *Uncle Tungsten* una autobio-

grafía de su infancia, donde aparecen sus padres, médicos judíos y un tío suyo fabricante de bombillas, en un ambiente adverso y desabrido - y en el contexto de la Inglaterra de la segunda guerra mundial - donde el pequeño Oliver se refugia en la pasión por las ciencias y la tecnología, que pasados los años cambiaría por la neurología. Además, acaba de publicarse ahora mismo una autobiografía suya (Sacks 2015) donde da paso a confesiones de orden más íntimo, como su homosexualidad o la insatisfactoria vida amorosa que lo llevó a refugiarse en su querida profesión. La obra, titulada *On the move*, lleva este agudo lema inicial tomado de Kierkegaard: «Life must be lived forwards but can only be understood backwards».

Pero me interesa ahora insistir en esa centralidad biográfica de su desempeño como neurólogo fuertemente involucrado en los procesos patológicos de sus pacientes tal como relata en distintos libros que han adquirido estos años una gran celebridad. Sacks provoca en dichos textos una auténtica ósmosis entre literatura y medicina, configurando una **neurología de la identidad** donde médico y paciente interactúan de manera estrecha y donde, a partir de los relatos más o menos literaturizados, el médico (él mismo, que en alguna ocasión se presenta también como paciente aquejado de una dolencia) construye su propia identidad. No en vano es profunda su convicción de que la personalidad solo se fragua mediante una interacción perceptual y social, que en su biografía está ligada al ejercicio profesional.

En realidad, han sido numerosos los médicos escritores a lo largo de la historia (Arthur Conan Doyle, Chéjov, Baroja, Slaughter, Cronin, Martín Santos...) y algunos de ellos escribieron autobiografías propiamente dichas, como Jean Reverzy, Somerset Maugham o el mismo Sacks, de quien acabamos de hablar. En algunas de esas obras leemos páginas inolvidables donde se caracterizan las vivencias propias del profesional, como estas líneas de la *Autobiography* de William Carlos Williams que cita Navarro:

It's thee humdrum, day-in, day-out, everyday work that is the real satisfaction of the practice of medicine; [...] the actual calling on people, at all times and under all conditions, the coming to grips with the intimate conditions of their lives, when they were being born, when they were dying, watching then die, watching them get well when they were ill, has always absorbed me. (2004, p. 38)

En ocasiones la autobiografía, sin dejar de serlo, funciona como un recurso retórico para explicar didácticamente a los lectores el *quid* de la profesión, sus vicisitudes, las transformaciones históricas que ha sufrido en los años recientes o la problemática social en la que se enmarca. Ese es el caso de *Ser médico*, de Miquel Vilardell, donde el hilo autobiográfico proporciona el guión alrededor cual ir desarrollando las reflexiones del autor sobre el ejercicio de la medicina, desde la atalaya de su experiencia

de cuatro décadas. De este modo, narra el nacimiento de su vocación, a partir de la observación de la praxis ejemplar de su padre como médico rural; las etapas de la formación; el desempeño de una medicina basada en el paciente pero condicionada por la evolución de las estructuras y organizaciones sociales en el contexto del estado español desde el franquismo hasta la actualidad; y en último término, lo que él llama «el final del camino», donde medita sobre la jubilación y la satisfacción personal por su trayectoria. Y precisamente esa mirada última desde la distancia confiere al texto las características de un cierre esencialmente autobiográfico: la ilusión de haber establecido un corte higiénico, de cirujano experto, entre la escritura y la vida, entre el relato y la realidad vivida.

El libro de Vilardell no luce el repertorio de habilidades literarias de Sacks o de otros médicos escritores, sino que su prosa discurre expositiva y llana. Sin embargo sí que pone en práctica con asiduidad un recurso retórico de eficacia indiscutible: el empleo de un «tú» autorreflexivo que invita al lector – un lector modelo que es el futuro médico principalmente – a incorporarse al punto de vista profesional desde el cual emana el discurso. Un solo botón de muestra: «Se trata de un encuentro en el que una persona busca la solución a un problema de salud y en el que tú, el médico, le quieres ayudar, y para alcanzar ese objetivo lo primero que querrás conseguir es llegar a tener una confianza mutua» (Vilardell 2009, p. 65).

4 Fronteras de la ficción

Como estamos viendo, las formas que adopta la autobiografía en manos de científicos y médicos son a menudo hibridaciones que cruzan el género con el ensayo, con la didascalia para el futuro médico o con el relato literario. A fin de cuentas, la autobiografía es en su entraña más íntima la **invención** de uno mismo ante los ojos de los destinatarios del discurso. Sus fronteras con la literatura – y no solo en cuestiones estilísticas – son siempre evanescentes, lo hemos constatado. Podemos dar ahora un paso más, el último, y aceptar el valor autobiográfico de numerosos relatos de ficción donde el autor se traviste como personaje en su propósito de construirse una identidad médica y renuncia a la autorreferencialidad. Lo encontramos así en el Baroja de *El árbol de la ciencia* o en el Martín Santos de *Tiempo de silencio*, aunque estos ejemplos se instalan más bien en la línea del Ibsen de *Un enemigo del pueblo*, con una perspectiva de amplia denuncia social que se articula desde el punto de vista del intelectual comprometido.

Más centradas en los conflictos éticos estrictamente médicos son otras obras de ficción, como *La ciudadela* – novela paradigmática del tema, llevada al cine – de A.J. Cronin, donde la ética profesional es sin duda el meollo de la biografía de Andrés Manson, el hilo que enhebra la retahíla

de episodios personales y familiares. El debate final con los representantes del gremio médico sobre los límites de la profesión es muy explícito, así como el afán del protagonista por refundar la medicina desde dentro del propio tinglado: «¡No!, quería estar con Denny y Hope, seguir su propia inspiración, hundir la lanza de su sistema en la piel de la apatía y la rutina. Pero todo esto debía hacerse desde dentro de la profesión, nunca, nunca podría ser logrado desde fuera, en Inglaterra» (Cronin 1983, p. 444). La figura de Manson-Cronin amalgama al protagonista con un autor empírico cuyo *ethos* extradiscursivo como médico es bien conocido de los lectores. El límite entre la referencialidad y la invención literaria – entre la historia y la literatura, en última instancia – se borra fácilmente y emerge, amasada con vivencias reales y con dudas existenciales, la encarnación artística de la ética médica en el héroe novelesco.

Un apunte más sobre una novela reciente nos ayudará a aquilatar la función de autobiografía identitaria que ejercen estos relatos. Me refiero a *La maladie de Sachs*, traducida al español como *Las confesiones del doctor Sachs*, obra del médico y escritor Marc Zaffran, bajo el pseudónimo 'Martin Winckler'. La novela, auténtico *bestseller* llevado también a la pantalla grande, presenta una estructura narrativa bien elaborada, con una polifonía eficaz para encarnar las distintas voces de los pacientes desde las cuales se caracteriza dinámicamente al protagonista. Si la identidad de cualquier persona se forja en la interacción con los otros, en el intercambio de imágenes especulares y en los relatos de los demás sobre uno mismo, esta novela construye una identidad de médico rural por medio de los discursos de sus pacientes alrededor del acto de la consulta clínica, que no es sino «una situación marcada por la confrontación radical entre dos subjetividades [...] la intimidad compartida que se da en toda relación asistencial» (Novella 2012, p. 58).

Saltándose a la torera la linde que separa ficción y referencialidad, el autor pone en juego formas tomadas de la **textualidad** moderna – literaria o no –, al servicio de la configuración de una identidad médica más o menos tradicional (el médico rural, personalizado, anterior a los variopintos equipos hospitalarios que bullen en los argumentos de las teleseries). La identificación del protagonista con su autor real (o con su pseudónimo-heterónimo) es, en el fondo, menos relevante de lo que se supone. Mera superficie del nudo identitario. Más precisamente, es motivo de artificio artístico y broma literaria, como vemos en el «Epílogo», donde el paciente encarna el juego pirandelliano entre los personajes y su creador:

Eres mayor de lo que imaginaba, tienes al menos cuarenta años. Tu cara está marcada por pequeñas cicatrices. Empiezan a salirte canas en el pelo. [...]

- Sé que en la placa figura otro nombre, pero usted es Martin Winckler, ¿verdad? ¿Usted es quien ha escrito La enfermedad de Sachs?
Dejo el libro sobre el escritorio.
- Acabo de terminar de leerlo en este instante, en la sala de espera.
(Winckler 1999, p. 528)

(*) Proyecto de investigación *Retórica constructivista: discursos de la identidad* (FFI 2013-40934-R)) y Proyecto de investigación *Lenguaje y cultura de la salud* (CSO 2014-61928-EXP).

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2010). *Identitat*. València: PUV.
- Bou, Enric (1993). *Papers privats: Assaig sobre les formes literàries autobiogràfiques*. Barcelona: edicions 62.
- Camps, Victoria (2007). «La excelencia en las profesiones sanitarias». *Humanitas: Humanidades médicas*, 21. Disponible en http://www.fundacionmhm.org/www_humanitas_es_numero21/articulo.pdf (2015-03-13).
- Cronin, Alexander J. (1983). *La ciudadela*. 2a ed. Barcelona: Plaza y Janés
- Darwin, Charles (2008). *Autobiografía* (edición íntegra, con Introducción de Martí Domínguez). Pamplona: Laetoli.
- Fuster, Joan (1992). *Consells, proverbis i insolències*. Barcelona: edicions 62.
- Gleizer, Marcela (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. México: Juan Pablos editor.
- Hernández, Fernando; Rifà, Montserrat (eds.) (2011). *Investigación autobiográfica y cambio social*. Barcelona: Octaedro.
- Hume, David (1777). *My own life The Life of David Hume, Esq. Written by Himself*. London. (Web edition published by eBooks@Adelaide). s.p.
- Levi-Montalcini, Rita (2011). *Elogio de la imperfección: Memorias*. Barcelona: Tusquets.
- Loureiro, Ángel G. (2000-2001). «Autobiografía: El rehén singular y la oreja invisible». *Anales de Literatura Española*, 14, pp. 135-150.
- Luria, Alexander R. (1979). *Mirando hacia atrás*. Madrid: Norma.
- Man, Paul de (2007). *La retórica del romanticismo*. Madrid: Akal.
- Navarro, Fernando A. (2004). «Médicos escritores y escritores médicos». *Ars Medica: Revista de Humanidades*, 1, pp. 31-44.
- Novella, Enric J. (2012). «Las confesiones del Doctor Sachs». In: Polo, Cándido; Ferrer, Anacleto (eds.), *¿Qué me pasa, doctor? Cine y medicina*. Valencia: MUVIM, pp. 51-63.
- Planck, Max (2000). *Autobiografía científica y últimos escritos*. Madrid: Nivola.
- Ramón y Cajal, Santiago (1955). *Mi infancia y juventud*. 6a edición. Madrid: Espasa-Calpe.

- Ramón y Cajal, Santiago (1983). *El mundo visto a los ochenta años: Impresiones de un arterioesclerótico*. 9a edición. Madrid: Espasa Calpe.
- Ricoeur, Paul (1995). *Réflexion faite: Autobiographie intellectuelle*. Paris: Éditions Esprit.
- Rodríguez, Francisco (2000). «El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial». *Filología y Lingüística*, 26 (2), pp. 9-24.
- Russell, Bertrand (1968-1971). *Autobiografía*. 3 vols. Madrid: Aguilar.
- Sacks, Oliver (2015). *On the move*. New York: A.A. Knopf.
- Singer, Jefferson A.; Salovey, Peter. (1993). *The Remembered Self: Emotion and Memory in Personality*. New York: The Free Press.
- Söderqvist, Thomas (2003). *Science as Autobiography: The Troubled Life of Niels Jerne*. New Haven; London: Yale University Press.
- Turnaturi, Gabriella (2005). «Ricordiamo per voi». In: Rampazi, Marita; Tota, Anna Lisa (a cura di), *Il linguaggio del passato: Memoria collettiva, mass media e discorso pubblico*. Roma: Carocci, pp. 45-57.
- Vilardell, Miquel (2009). *Ser médico: El arte y el oficio de curar*. Barcelona: Plataforma editorial.
- Winckler, Martin (1999). *Las confesiones de Doctor Sachs*. Madrid: Akal.